

se observa en buena parte de las instituciones y Administraciones Públicas, así como a la también creciente *ola* de opiniones que intentan convencernos y justificar medidas e intervenciones arquitectónicas, urbanísticas o *medioambientales* que son injustificables. Cuestiones tradicionales como ¿Conservar? ¿Garantizar un nivel de vida acorde con nuestro tiempo? ¿Reemplazar el pasado en pro de la funcionalidad?, etc., nos son resueltas sin pudor por quienes mayores responsabilidades tienen ante la Historia.

Toledo ha estado en los últimos cuatro siglos demasiado pegada al pasado. En los momentos de mayores crisis, los toledanos más representativos entonaban públicamente el deseo de que la ciudad recobrase sus pérdidas glorias, sin

reparar en la necesidad de mirar al construir su futuro precisamente con su propio presente. Pero si es erróneo dormirse en los recuerdos del pasado, también lo es no tenerlo en cuenta. Sólo el respeto al legado histórico, a nuestro patrimonio, posibilitará el camino adecuado. Y las soluciones hemos de encontrarlas entre todos, también con el necesario respeto al pluralismo ideológico. Son complejos los problemas de esta ciudad histórica, ayer ciudad imperial y ciudad-convento, hoy fundamentalmente ciudad turística y administrativa. Son realmente complejos.

Pero las soluciones no pueden venir sólo de los *césares*: todos los toledanos debemos sentirnos convocados a construir esta ciudad. Porque la verdad no es patrimonio de nadie, sino que puede encontrarse entre todos. ■

La magia de un cascarón vacío

Luis Alfredo Bejar

Escritor y Profesor de Enseñanza Media

Hace unos días, vencida ya la tarde, subí al parador del Valle con unos amigos. Allí, en la terraza que te enfrenta al prodigio, por enésima vez tuve la ocasión de escuchar esa palabra siempre sorprendida que suele brotar de los labios de quienes descubren o recuperan Toledo. El nombre de este lugar hace siglos que se constituyó en sinónimo de «mágico». Es como un emblema. Pero, a renglón seguido y por vez enésima, pensé para mis adentros en un Toledo que, visto con crudo y casi desesperanzado realismo, no es, a esa distancia que corta el escuálido Tajo, sino un hermoso montón de ruinas, una atropellada historia de frustraciones e impotencias, un triste cascarón vacío, en fin.

Hasta traernos al momento presente, una larga cronología halona esta historia cuyo principio bien pudiéramos situar en aquel otro en que Felipe II decidió trasladar su corte. Sin embargo, acaso no sea menos cierto que es después de la última guerra civil, y más concretamente en los años cincuenta y sesenta, cuando el proceso abre una nueva etapa en la que, con la urgencia que imponía por entonces el grave problema de la vivienda, la población empezará a asentarse en horribles barrios extramuros. Este hecho generó, aparte de la brutalidad de una fiebre especuladora salvaje, un mal que, resultando obvio que se produciría en una ciudad cuyo crecimiento demográfico se hallaba por debajo de la media nacional, todavía no ha encontrado su límite. Me refiero, claro está,

al vaciamiento y abandono paulatinos e implacables del casco histórico, problema éste que no parecía inquietar sino a muy escasas personalidades, tan temerosas como silenciadas. Dejando a un lado, naturalmente, el reconocimiento de que las condiciones de habitabilidad de muchas de las viejas casas obligaban a sus moradores, hay que reconocer con tristeza igualmente que la actitud del común de los toledanos ha sido siempre bastante peculiar.

Aunque ya queda dicho, hay que lamentar que la llegada de un régimen democrático tras la muerte del máximo mentor de aquella política de vivienda, no ha supuesto de hecho sino un agravamiento de la despoblación iniciada entonces. Es cierto que, con el nuevo sistema de libertades, se despertó en apariencia un claro interés por el problema y eso hizo que numerosos políticos, más que nada por no perder comba, levantaran de un modo u otro la bandera de la necesaria y urgente rehabilitación del casco histórico. Pero, insisto, nada ni nadie ha impedido que la sangría continuase: hoy, sólo once mil personas siguen habitando dentro del recinto amurallado con una media de edad muy avanzada. El drama se ha consumado y la ruina ocupa de día en día una mayor porción del histórico solar.

No obstante, por acabar de situarnos, es preciso hacer un repaso a los diversos planteamientos vistos en los últimos, cimentados a mi juicio sobre una errónea interpretación del concepto «rehabilitación». Así, por

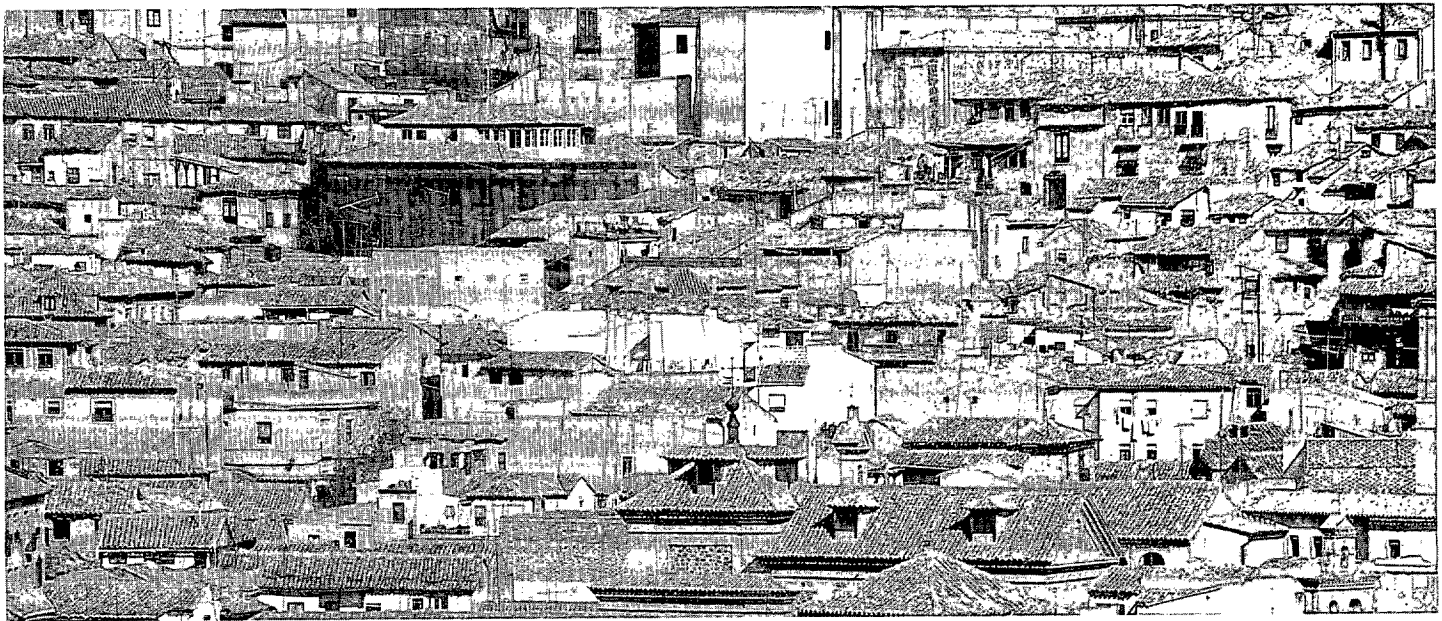


Foto: MANUEL CARRERO

Paisaje urbano desde El Hierro.

ejemplo, nos encontramos frente a importantes realizaciones que, llevadas a cabo casi en exclusiva por los gobiernos nacional y regional, no han hecho sino mantener en pie, adecentar o a veces sólo lavar la cara de algunos notables inmuebles (casos de San Pedro Mártir o del antiguo Manicomio), lo que no ha significado en modo alguno insuflar ni un átomo de vida en el decrepito conjunto. Más bien al contrario en razón del fin a que han ido siendo destinados. Está claro que rehabilitar no ha resultado sinónimo de revitalizar, que es, me parece a mí, de lo que debería tratarse. Bien triste resulta contemplar los interminables regueros de automóviles que, según de qué horas punta estemos hablando, abarrotan o dejan desiertas las entrañables callejas y placitas. Así, el «mágico» Toledo no es más que el aparcamiento gigantesco de una oficina descomunal o el gigantesco vacío de una oficina que espera abrirse al día siguiente.

De otra parte, se nos aparece igualmente desolador el ejemplo dado por Instituciones y mandatarios que, como plenipotenciarios de la inoperancia y la desidia o, lo que sería peor, de la vulgar mentira, no han sabido en este tiempo más que divulgar proclamas en las que se ofrecía la salvación de Toledo, poco menos que de la noche a la mañana, con el oro y el moro de dineros y propósitos. De modo que con la misma alegría se hablaba de los dos mil millones que concedería la UNESCO, que de los veinticinco mil programados por tal o cual ministerio, entorpeciendo o simplemente negando con su actitud el prometido plan especial que, por tanto, nunca acababa de ponerse en marcha.

Diecisiete años después de que los españoles recuperasen en régimen de libertades, es muy de lamentar la constatación del perjuicio que al Toledo histórico le ha reportado la democracia. La vida se ha trasladado

definitivamente a otras zonas. Una vez admitida la gravedad del problema, ni las Instituciones ni los ciudadanos han hecho lo mínimamente posible por atajar con remedios eficaces su peor desenlace. En el primer caso, además de lo ya dicho, hay que seguir registrando actitudes de dejación, cuando no de complicidad, en que el expolio continuase: siguen desapareciendo, previo permiso de las instancias responsables, portadas, patios y casas enteras muchas veces de alto valor histórico, arquitectónico y urbanístico (nada indica, por otra parte, que el expolio secreto se hay detenido).

En el segundo de los casos, el de los ciudadanos, dando por sentada la legítima búsqueda de viviendas cómodas y modernas y agobiados por las leyes inmisericordes del mercado, tampoco están del todo libres de pecado. Suele señalarse en los toledanos un acusado rasgo de apatía. No sabría yo decir que esto sea categóricamente así, la verdad. Lo que sí es fácil de apreciar en los toledanos, generalmente considerados, es su pasividad complacida para con las cosas de su ciudad. No creo que haya nadie en el mundo que, so pretexto de un amor desmedido, haya sido más dejado para su ciudad que los toledanos. Tiene Toledo tanto arte, tanta historia, ha sido tantas cosas a lo largo de los siglos, que no parece importarle a sus naturales que se les hurte o destruya un poco. Escuchando embobados el eterno canto a las maravillas de su ciudad se han sentido pagados. Y en ello seguramente ha residido y reside la clave del extenso mal.

Acaso, sin embargo, existan otras causas, como, por ejemplo, que, al otro lado del río o en el deletéreo silencio de sus estrecheces, todavía pueda vivirse una emoción inigualable, pura, como lo son todas las emociones estrictamente estéticas, que emana de ese amontonamiento fantástico que es Toledo. Pero no es eso, pienso yo. O, al menos, no sólo es eso. □